

*Miércoles 5 de agosto de 1857.* — El emperador y la emperatriz parten de Saint-Cloud para ir á Osborne, en la isla de Wight, á visitar á la reina de Inglaterra. Llegan á Ruán á las tres de la tarde, siendo saludados por las salvas de artillería y estando formadas la guardia nacional y las tropas. A las cinco, SS. MM. hacen su entrada en el Havre, donde hay levantado un gigantesco arco de triunfo: las casas están engalanadas con banderas y guirnaldas de hojas y flores. Unas jóvenes vestidas de blanco ofrecen un ramo á la emperatriz; todos los ayuntamientos del distrito han acudido, presididos por los alcaldes y los párrocos. SS. MM. recorren la ciudad en una carretela descubierta, precedida por jóvenes del Havre á caballo y escoltada por un destacamento de cien guardias. A la llegada de la comitiva imperial á la plaza de la Bolsa, donde están amarrados los buques americanos, los marinos, subidos en las vergas, prorrumpen en hurras. Los emperadores pasan en seguida á bordo del yate imperial *Reina Hortensia*, donde comen. A las nueve de la noche, el yate, escoltado por los avisos *Ariadna*, *Pelicano* y *Córcega*, sale del puerto á los ecos de las salvas de artillería y de los vivos. La ciudad está enteramente iluminada y se disparan fuegos artificiales.

*Jueves 6 de agosto.* — SS. MM. llegan á Osborne á las nueve de la mañana, haciendo un tiempo magnífico. Los príncipes Alberto y Alfredo salen á buscarlos á bordo de una embarcación de la reina Victoria.

La reina hace á sus huéspedes los honores de su isla, la *isla joya* de Inglaterra, en donde aquélla es objeto de una veneración universal. Siempre que va á ella ondea la bandera nacional en la torre principal de cada castillo, en la torrecilla, en la techumbre y hasta en el palomar de cada granja. Osborne-House es su residencia marítima predilecta. El parque y los jardines son hermosísimos. Las calles de grandes árboles bajan en suave pendiente hasta la orilla del mar. Portsmouth y Spithead se divisan á lo lejos. El castillo, de construcción moderna, con sus dos torres de altura desigual — la de las señales, que tiene ciento siete pies de altura, y la del Reloj, que tiene noventa, — con sus dos magníficas terrazas adornadas de surtidores que caen en tazas de mármol y bronce; con sus planteles de flores raras que se agrupan en los balaustres, presenta el aspecto más agradable. Está poblado de estatuas, unas copia de esculturas antiguas, otras obra de artistas contemporáneos. El escultor italiano Marochetti ha labra-

do para Osborne muchos mármoles, entre otros los bustos de la reina Victoria, del príncipe Alberto, del de Gales, de la princesa real y del rey Víctor Manuel. Las habitaciones de recepción están en la planta baja y dan á las terrazas.

El emperador, después de almorzar, da un paseo á pie con el príncipe Alberto y ambos sostienen una conversación política.

*Viernes 7 de agosto.* — El emperador y la emperatriz se embarcan con la reina, el príncipe Alberto, los príncipes y las princesas en el yate real *Victoria and Albert* y dan por mar un paseo de dos horas. Por la noche se celebra un banquete en el castillo.

*Sábado 8 de agosto.* — El duque de Cambridge, lord Palmerston y lord Clarendon llegan á Osborne. El emperador manda llamar á su ministro de Negocios extranjeros el conde Walewski y á su embajador el conde de Persigny. Se verifica un baile en una tienda de campaña.

*Domingo 9 de agosto.* — La reina está encantada del emperador y de la emperatriz. Escribirá al rey Leopoldo que son los huéspedes más amables, más agradables, los menos molestos que darse pueda. *Nothing could be more amable, kind, pleasant or ungenant than both Majesties were. They are most agreeable guests.* Presenta á su esposo como admirador decidido de la emperatriz Eugenia. «Alberto, dice, que rara vez se prenda de las damas y de las princesas, la quiere mucho; es su gran aliado.» *Albert, who is seldom much pleased with ladies or princesses, is very fond of her, and her great ally.* La reina añade que da gusto ver la adhesión de M. de Persigny al emperador, su arrojo y su rectitud en todo.

Por una y otra parte se demostraron sentimientos muy amistosos. El emperador no insistió en la adopción inmediata de su proyecto favorito: la unión de los Principados danubianos bajo el mando de un príncipe extranjero. El general Fleury, que asistía á la entrevista de Osborne, lo ha dicho con razón: «Era dar prueba de conciliación sin comprometer demasiado el porvenir, toda vez que algunos años después esta combinación debía realizarse bajo la autoridad del príncipe Carlos de Hohenzollern, hoy rey de Rumanía.» Quedó, pues, aplazada la cuestión fundamental, la de la unión de los Principados, por entender que era del dominio exclusivo de la Conferencia europea. Mas, puesto que la voluntad de los habitantes era uno de los elementos de la cuestión, á Napoleón III le parecía justo que esta voluntad pudiera darse á conocer libremente y que no se falseara su expresión con un simulacro de elecciones. Consiguió que el gobierno inglés se comprometiera á apoyar ante la Puerta otomana la petición hecha por Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña en vista de la anulación de las elecciones en Moldavia. Este era por el momento el punto esencial. Como se desaprobaba la conducta de lord Strafford de Redcliffe, Napoleón III se dió por satisfecho.

*Lunes 10 de agosto.* — El emperador y la emperatriz se embarcaron en Osborne para regresar al Havre. La despedida de la reina Victoria y de sus huéspedes fué de las más cordiales.

A los dos días la reina escribía al rey Leopoldo: «La visita que acabamos de

recibir ha sido por todos conceptos satisfactoria y agradable. Políticamente, ha sido un beneficio del cielo, como dice lord Clárendon, porque se han allanado y arreglado de un modo satisfactorio las desdichadas dificultades de los Principados. La entrevista ha sido tranquila y grata. El buen Osborne no ha cambiado nada de su sencillez, de su carácter familiar y sin pretensión. *Good Osborne in no way changed its unpretending privacy and simplicity.* El emperador ha hablado francamente con Alberto, y Alberto ha hecho lo mismo con él, lo cual es una ventaja, y el último día Pálmerston me ha dicho: «El príncipe puede decir muchas cosas que nosotros debemos callar.» Esto es muy natural.

»El emperador, á quien he entregado el mensaje de que me habíais encargado, me ha dado muchos recuerdos para vos y ha añadido: «El rey no tan sólo es muy amable, sino que tiene muy buen sentido.»

Lord Clárendon escribió á la reina: «No se apreciará lo bastante la importancia de esta visita, porque el emperador es la Francia, y lo que es más, la Francia bajo su mejor forma, porque le está permitido ceder á sentimientos generosos y apreciar la verdad. Su alianza con Inglaterra ha sido confirmada y reforzada en Osborne.»

He aquí ahora la carta que el emperador dirigió desde las Tullerías á la reina Victoria el 15 de agosto de 1857:

«Señora y querida hermana: Hemos partido de Osborne tan agradecidos á la amable acogida de Vuestra Majestad y del príncipe Alberto, estamos tan llenos de admiración por el espectáculo de todas las virtudes que ofrece la familia real de Inglaterra, que me es difícil encontrar palabras para definir todos los sentimientos de adhesión y cariño que experimentamos por V. M.

»Es tan grato para nosotros pensar que, aparte de los intereses de la política, V. M. y su familia sienten algún afecto hacia nosotros, que pongo en primer término de mis preocupaciones el deseo de merecer siempre esa augusta amistad. Creo que cuando uno ha pasado algunos días en vuestra intimidad se vuelve mejor, así como cuando se ha tenido ocasión de apreciar los variados conocimientos y el elevado modo de pensar del príncipe, se separa uno de él más instruído y más apto para obrar bien. Ruégoos, señora, que os dignéis decir al que tan noblemente comparte vuestro destino que le tengo el mayor aprecio y la más sincera amistad, lo que equivale á decir cuánto apetezco la suya.

»Por lo que respecta á los hijos de V. M., todos están dotados de tan buenas y apreciables cualidades que se les quiere desde que se los ve, y que es muy natural desearles toda la ventura de que son dignos.

»Adiós, señora. Quiera Dios que no transcurran dos años sin que hayamos tenido la dicha de encontrarnos de nuevo á vuestro lado, porque la esperanza de volveros á ver pronto es el único consuelo de una separación penosa.

»Ruego á V. M. que reciba con bondad la expresión de los sentimientos de alto aprecio y completa adhesión con que soy de V. M. buen hermano y amigo.

»NAPOLEÓN.»

La reina, muy satisfecha de esta carta tan afectuosa, quedó particularmente agradecida al elogio que el emperador hacía del príncipe Alberto.

«No puedo rechazar, decía en su respuesta, la opinión favorable que V. M. ha



Lord Pálmerston

ormado de mi querido esposo, porque sé que la merece, pues no tiene más ambición que hacer el bien y ser útil siempre que puede. En una posición tan aislada como la nuestra, no podemos encontrar mayor consuelo ni apoyo más seguro que la simpatía y el consejo del ó de la que está llamada á participar de nuestra suerte en la vida, y la querida emperatriz, con sus generosos instintos, es vuestro ángel custodio, como el príncipe es mi verdadero amigo.»

En las esferas políticas francesas, la transacción acerca de los Principados danubianos produjo buen efecto. M. Benedetti, director de política en el ministerio de Negocios extranjeros, escribía el 14 de agosto á M. Thouvenel, embajador de Francia en Constantinopla: «Ya sabéis lo que se hace en Osborne. En mi concepto, es un éxito completo. Hemos sido dignos y firmes; no hemos suprimido una sílaba de nuestras pretensiones, que hemos sido los primeros en formular, é Inglaterra se ha encargado de hacerlas prevalecer en Constantinopla, arrastrando tras sí á esos buenos austriacos, que saldrán de la lucha extrañamente menoscabados en la consideración pública. Ahí tenéis á lord Strafford obligado á hacer que la Puerta acepte lo mismo que él la había obligado á rechazar. Es un incidente sin precedente en la vida de vuestro colega: más aún, es la desaprobación más formal de toda su conducta. Os envidio el espectáculo que vuestros dos colegas de Inglaterra y de Austria deben resignarse á daros en presencia de ese público de Constantinopla, que no creará lo que ve.»

El sultán decretó la anulación de las elecciones moldavas, y los representantes de las cuatro potencias (Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña) que habían interrumpido sus relaciones diplomáticas con la Puerta, las reanudaron. M. Thouvenel escribía: «Ha habido tragicomedia de primera clase. De todos modos, somos vencedores y tenemos *todo* lo que pedíamos.»

Ya no había nubes entre Francia é Inglaterra. Parecía que habían vuelto los mejores días de inteligencia cordial. Poco después del regreso del emperador á Francia, la reina Victoria hizo una excursión á las islas de la Mancha con su esposo y seis de sus hijos. Al volver de Jersey, arribó á Cherburgo el 19 de agosto sin haber avisado á las autoridades de la ciudad. Aquella aparición imprevista de la soberana inglesa en el suelo francés era una nueva prueba del acuerdo que existía entre los dos países. La reina fué recibida en Cherburgo con la más respetuosa solicitud: allí encontró al general Herbillón, el vencedor de Traktir, que le dió las gracias por haberle conferido la orden del Baño. «La llevo con gran orgullo,» dijo. La reina estaba satisfecha de ver en el pecho de los soldados y de los marinos franceses la medalla de Crimea que lleva grabada su efigie. Al otro día visitó detenidamente los arsenales, el puerto, las gigantescas obras en vías de ejecución, y dió un paseo en carruaje por los alrededores de la población; luego se embarcó, muy contenta de todo lo que había visto. El 21 de agosto escribía al emperador: «Hemos hecho una visita interesante y agradable á Cherburgo. Las obras son magníficas y de colosal grandeza; la rada es admirable. Las autoridades se han mostrado sumamente atentas con nosotros (porque deseábamos que todo se hiciese con el carácter más privado posible) y las poblaciones nos han atestiguado el mayor afecto. Hemos hecho una corta excursión improvisada por el interior en charabán con caballos, lo cual nos ha distraído mucho. El país es soberbio. En estos tiempos de una civilización que tiende á hacer pasar todas las cosas por un nivel común, es agradable encontrar una población sencilla, primitiva, aún verdaderamente rústica, y regiones

que todavía no están resabiadas por el contacto con los ferrocarriles. La Normandía es muy bonita y para nosotros está llena de interesantes recuerdos porque ha sido la cuna de Inglaterra.»

Esta pacífica invasión de la Normandía — *peaceful invasion of Normandy* — era una señal de los tiempos y probaba cuánto habían perdido de su violencia las antiguas envidias. Las relaciones personales de Napoleón III y de la reina Victoria eran excelentes. Sin embargo, el emperador, á pesar de la cordial acogida que había tenido en Osborne, hubo de reconocer que sus proyectos sobre Italia y su deseo de modificar el mapa de Europa jamás obtendrían el asentimiento del gobierno británico, y el príncipe Alberto no había ocultado cuánto valor daba Inglaterra á conservar los tratados de 1815. Napoleón III iba á volver las miradas á Rusia, esperando aprovecharse de los rencores de esta potencia contra Austria. Pero se guardó mucho de dar á conocer prematuramente sus proyectos, y hacía esfuerzos para dar á creer que existía un acuerdo íntimo entre él y los ingleses. Hubiérase dicho que no tenía otro propósito que mantener perpetuamente la paz en Europa.